

costas del río Yaqui, para que trajese indios amigos que favoreciesen nuestra causa. No fué inútil esta diligencia. Más de 500 indios cristianos se ofrecieron a pasar con sus armas a California. No cabiendo tantos en la embarcación, trasladáronse solamente 60 de los más aguerridos, los cuales presentándose en California metieron bastante miedo en los indios rebeldes e impidieron que el fuego de la revolución se comunicase a las misiones del Norte. En los primeros meses temieron nuestros Padres que se perdiese totalmente la cristiandad. Gracias a Dios, la rebelión se contuvo y fueron solamente arruinadas las cuatro misiones meridionales. Las otras diez perseveraron intactas.

Un suceso inesperado dió ocasión providencial a que el flamenco Virrey hiciese algo en favor de los jesuitas. Cierta nave mandada por D. Mateo Zumalde que volvía de Filipinas a Nueva España, acercóse a la punta meridional de California y quiso hacer aguada en aquel país y recoger si podía algunos socorros en nuestras misiones, porque venían todos muy exhaustos después de una larguísima navegación. El capitán envió 13 hombres en un bote a reconocer la tierra. Desembarcaron éstos con poca prevención, sin sospechar siquiera la gran agitación que por entonces había en aquel país. Empezaron a buscar el agua por aquellas costas y entretanto los indios que estaban a la mira, cuando los vieron diseminados por una y otra parte, les acometieron súbitamente y uno tras otro les quitaron a todos la vida (1). Observando que los soldados no volvían a la playa, el capitán empezó a hacer diligencias para saber lo que había sucedido. Pronto averiguó la desventura de los que habían desembarcado y pudo hacerse cargo de la situación del país, cuando pocos días después aparecieron en la playa unos 600 indios armados que empezaron a disparar flechas contra la nave. Respondió a la agresión haciendo varias descargas de fusilería, con las cuales huyeron todos los indios internándose en la tierra. Algo melancólico por la pérdida de aquellos 13 hombres, prosiguió el capitán Zumalde su navegación a Nueva España. Apenas puso los pies en tierra, encaminóse a Méjico y exponiendo al Virrey la desgracia que le había sorprendido en las costas de California, le manifes-

(1) Venegas, t. II, p. 487. Véase en el P. Alegre (t. III, p. 258) el informe textual del capitán al Virrey en el que explica los pormenores de este incidente.

tó la necesidad de establecer en el Sur de la Península algún presidio que protegiese a las naves de Filipinas cuando se acercasen a aquellas costas. Divulgado por la ciudad el suceso del capitán Zumalde, empezó a murmurar el público de que no se hiciera nada para refrenar la osadía de los indios californios.

Este hecho hizo despertar de su inacción política al Señor Virrey. Envió órdenes al Gobernador de Cinaloa, Manuel Bernal de Huidobro, mandándole pasar a California con las fuerzas militares de que pudiera disponer y restablecer las misiones arruinadas de los jesuitas. Advertíale que obrase de acuerdo con el capitán de los soldados que estaban en California, pero le mandaba que los soldados no dependiesen en adelante de los Padres jesuitas, sino que esperasen las órdenes inmediatamente del Virrey. Antes de proceder a su expedición, escribió Huidobro al P. Guillén, intimándole que le enviase el barco de que disponía para transportar su gente. Todo se hizo como él lo ordenó, y habiéndose embarcado con alguna tropa, cuyo número ignoramos, llegó felizmente a Loreto. Recibiéronle honoríficamente y se esmeraron en agasajarle cuanto podían. No correspondió mucho a estos obsequios el nuevo capitán. Era hombre averso a los jesuitos y desde que puso los pies en California «en nada pensaba menos, dice el P. Venegas, que en oír los consejos de los Padres, prácticos en la tierra y en el conocimiento de aquellos indios» (1).

Dos años próximamente, desde el verano de 1736 hasta bien entrado el año 1738, duró la acción de Huidobro en aquella Península. Tuvo la buena fortuna de lograr dos batallas en que derrotó completamente a los indios y después le fué más fácil irlos subyugando poco a poco. El mismo en carta dirigida al Virrey, desde la misión de Santiago, a 6 de Marzo de 1737, explicaba brevemente las ventajas que había obtenido en California en los últimos meses del año 36 y principios del 37. Han sido derrotados los rebeldes y se van reduciendo lentamente a la debida obediencia, se han recobrado varios cálices y ornamentos, aunque todos bastante destrozados. El número de los reducidos de aquellas misiones de pericues, llega a 2.467 personas de ambos sexos, distribuidas en 17 rancherías. Espera terminar pronto la pacificación de California y expone el plan que ha formado para de-

(1) Venegas, t. II, p. 490.

jar bien guarnecida aquella cristiandad contra las posibles rebeliones de los indios. «Dejaré, dice Huidobro, a estas misiones guarnecidas con 30 soldados al cargo del teniente del presidio de Loreto, D. Bernardo Rodríguez, porque como tengo repetidamente expresado a V. E., quedaba muy aventurada la permanencia de estas misiones y la reducción de los naturales, si no se aseguraba con esta guarnición. Los sobredichos 30 soldados y los 25 de la dotación del Real Presidio de Loreto, quedarán distribuidos de esta suerte. Diez en esta misión de Santiago, 10 en la de San José del Cabo, 10 en el puerto de La Paz, cinco en la misión de Dolores, 10 en el Presidio de Loreto y 10 en la frontera del Norte. En cuya conformidad quedaran guarnecidas a mi satisfacción las 300 leguas en que se incluyen todas las misiones que hay fundadas en esta isla, la que se podrá mantener con toda seguridad» (1).

Así se estableció la defensa de California, pero muy pronto se experimentó el inconveniente de que los soldados no dependieran de los jesuitas. «Fueron tales, dice Venegas, los desórdenes que de esta independencia se siguieron; tal el desamparo de los Padres en sus misiones, entradas, visitas y empresas; tal el abandono de todas las funciones militares; tales las tropelías contra los indios del país... y tal, en fin, la confusión y desgobierno en el mar y en la tierra de California, que estuvo a punto de perderse todo por causa de los presidios puestos y añadidos para su resguardo y adelantamiento. Fué singular providencia de Dios que no se alzase de nuevo toda la tierra. Los ruidos y las querellas llegaron tan gruesas a Méjico, que el mismo señor Arzobispo-Virrey se vió obligado a mejorar su dictamen... Depuso al capitán del presidio de San Lucas, nombrado por el Gobernador de Cinaloa, mandó que en dicho presidio sólo hubiese un teniente sujeto al antiguo capitán de Loreto, y que uno y otro estuviesen, como antes, sujetos a la dirección del P. Visitador» (2).

8. Aprovechando la paz que se había logrado, aplicáronse nuestros Padres a restablecer las cuatro misiones arruinadas al sur de California. Al poco tiempo ya estaban reparadas todas las ruinas, y la cristiandad de aquella península se hallaba en el

(1) Archivo de Indias, 67-3-29.

(2) *Noticia de la California*, t. II, p. 495.

más próspero estado que nunca había tenido. Presentaremos al lector una breve relación de todas las misiones de California, hecha por el P. Jaime Bravo, entonces superior de ellas, el 10 de Marzo de 1742. «Las misiones que existen con sus nombres y antigüedad, y los fundadores de todas ellas son como se siguen, en número de 15: 1.^a Nuestra Señora de Loreto. Fundador, el Bachiller D. Juan Caballero y Osío, Presbítero.—2.^a San Francisco Javier. Fundador, él mismo.—3.^a La de los Dolores. La fundó la Congregación del mismo título, sita en el colegio de San Pedro y San Pablo de Méjico.—4.^a Santa Rosalía. La fundó don Nicolás de Arteaga y su esposa D.^a Josefa Vallejo.—5.^a La Concepción Purísima.—6.^a San José.—7.^a Nuestra Señora de Guadalupe.—8.^a Nuestra Señora del Pilar.—9.^a Nuestra Señora de los Dolores.—10.^a Santiago. Estas seis misiones fueron fundadas por el Marqués de Villapiente.—11.^a San Luis. Como albaacea de D. Luis de Velasco, y en su nombre, el mismo Marqués.—12.^a San Ignacio. La fundó el P. Juan Bautista de Luyando, de la Compañía, de su legítima paterna.—13.^a La de San José del Cabo. La fundó el Marqués de Villapiente.—14.^a La de Santa Rosa. La fundó D.^a Rosa de la Peña a solicitud de su primo el Marqués de Villapiente.—15.^a La de la Santísima Trinidad. La fundó el P. Luyando de su legítima materna.

Todas estas misiones se han fundado con el principal de pesos 10.000 cada una y con sus réditos se asiste a los ministros para su sustento y vestido, funciones de iglesias y sus adornos y para limosnas a los pobres indios, para atraerlos y poder doctrinarlos en la suma pobreza en que viven. Las distancias de Norte a Sur son de mar a mar de 30 leguas, donde más ancho no llegan a 40, y en muchas partes ni a 10 leguas. Todas las referidas misiones están en competente distancia de unas a otras, de 10, 15 y de 20 leguas. Sólo la de Dolores y la de San Luis distan más de 40 leguas de las misiones más cercanas, así por el lado del Norte como por el del Sur, por ser las más miserables de California y la tierra más estéril y trabajosa, aunque con bastantes almas dispersas en considerables distancias, por no haber lugar donde poderlas congregar. El número de cristianos pasa de 10.000, como consta de los padrones. Gentilidad en todo el tracto de las 300 leguas; sólo quedan pocos hacia la costa del Poniente, pertenecientes a las dos referidas misiones de Dolores y San Luis, y uno y otro pertenecientes a la misión del Pilar.

Para el Norte, pasadas las 300 leguas, todo es gentilidad, que no se sabe dónde termina» (1).

Añade el P. Bravo algunas noticias sobre las condiciones de aquella tierra y el carácter de los indios. En general, la tierra de California es muy pobre y los indios se muestran bastante dóciles a las enseñanzas del misionero. Suele preguntarse muchas veces qué medios habrá para atraer y convertir a los californios. El medio es muy sencillo, y todo se reduce a tener maíz. Haya maíz para repartir a los indios, y todos vendrán muy dóciles a escuchar la doctrina. Tal era generalmente el estado de la misión a mediados del siglo XVIII. Habían logrado nuestros Padres en el espacio de medio siglo difundir la luz de la fe por casi toda la península de California, y según los cálculos que hacía después en 1793 el Virrey, Conde de Revillagigedo, en esta década de 1740 al 50, llegaron los indios californios a ser unos 22.000. Después, por haber penetrado en el país algunas epidemias, decayó notablemente la población indígena de aquella tierra, de modo que a fines del siglo XVIII quedaban solamente unos 6.000 indios. Tal fué la misión de California, penosa como pocas en la historia de la Compañía, pero no del todo estéril para la Iglesia Católica y útil por muchos títulos a la prosperidad material de aquella pobrísima península.

(1) Archivo de Indias, 67-3-29.

CAPITULO III

MISIONES SEPTENTRIONALES DE LA PROVINCIA DE MÉJICO DE 1705 AL 1758

SUMARIO: 1. Memorial del P. Salvatierra en favor de las misiones y proyecto de renunciarlas. Muerte del P. Kino. — 2. Principios de la misión del Nayarit. — 3. Reducción general de los nayaritas en 1722. — 4. Estado general de las misiones de Sonora y Cinaloa. — 5. Misioneros ilustres. Urquiza, Glandorff. — 6. Rebelión de los yaquis y de los mayos en 1740 y de los pimas en 1751. — 7. Conatos para extender la fe entre los rios Gila y Colorado. — 8. Informe del P. Escobar, Provincial de Méjico y entrega de veintidós misiones al Obispo de Durango. — 9. Estado general de nuestras misiones mejicanas a mediados del siglo XVIII según el Conde de Revillagigedo.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Venegas-Burriel, *Noticia de la California*. — 2. *Apostólicos asanes de la Compañía de Jesús*. — 3. Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva-España*. — 4. Diversas cartas y memoriales conservados en el Archivo de Indias.

1. Difícil es condensar en un capítulo la vasta materia histórica que nos ofrecen las misiones septentrionales mejicanas en la primera mitad del siglo XVIII. Intentaremos, sin embargo, presentar a los lectores los hechos más culminantes con el mejor orden que nos sea posible, para que se pueda formar una idea aproximada de la insigne actividad apostólica desarrollada por nuestros Padres en el Norte de Nueva España. Recuerde el lector el grande espacio en que se ejercitaba el celo de nuestros operarios. Según decía el P. Estrada en 1690 (1) era una inmensa lengua de tierra de 350 leguas de largo por más de 50 de ancho que se extendía en la dirección de Sudeste a Noroeste. En los quince años siguientes, hasta 1705, el celo apostólico del P. Kino había dilatado cerca de 100 leguas hacia el Norte el campo de acción de los jesuitas mejicanos.

(1) Véase el tomo VI de esta historia, p. 487.